

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
 Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
 como hija, esposa y madre,
 conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
 Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
 para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
 Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
 el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
 Muéstranos tu protección de Madre
 y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

ESQUEMA:

1) El patriotismo en la antigüedad.....	1
2) El libro de Rut y la fidelidad a un pueblo	2
3) Algunas notas sobre el patriotismo moderno.....	3
4) El patriotismo y el amor a la patria.....	5
5) Conclusión	7
6) Concretando	7
7) Compromiso.....	7
8) Y ¿cómo puedo ampliar?	7

TEMA 7. La virtud del patriotismo

Como vimos el mes pasado, la piedad filial como reconocimiento agradecido de nuestro origen se dirige a tres sujetos: nuestros padres, nuestra patria y Dios. Si el mes pasado profundizamos en el cuarto mandamiento y el significado de la honra a los padres, este mes vamos a hacerlo con el afecto a la tierra de donde provenimos.

¿Qué es el patriotismo? Una simple primera respuesta diría que es amor a la patria. La dificultad estriba en que amor y patria no son términos unívocos para nosotros. La patria se puede entender como la tierra de los padres. Pero cabe preguntarse cuáles son los límites de esta tierra. Si la base territorial de la patria se torna demasiado estrecha, puede caer en el localismo, es decir, en el amor a la patria chica (los valencianos dirían “la terrreta”), el lugar donde se aprendió a sentir, hablar, querer, pensar... Si se identifica la patria con una aldea, una ciudad o a lo sumo, una comarca, se reduce el horizonte de la misma. En relación a ello es bien conocida la morriña gallega que describe el sentimiento que se refiere especialmente a la añoranza de la tierra de donde procede uno.

1) El patriotismo en la antigüedad

Los antiguos griegos, cuyo mundo político y social se encerraba en los estrechos límites de las *polis* o ciudades-Estado, tenían una mentalidad localista. El patriotismo clásico tiene, además, una profunda veta religiosa. La patria de los clásicos es la tierra, los templos y las instituciones de los padres, un ámbito sacralizado por los dioses, vinculado a los héroes y los sabios, regulado por las leyes y santificado por la adoración.

Por esta razón "el patriotismo clásico es un sentimiento enérgico, la suprema virtud" en la que las demás virtudes convergen.

En Roma, a pesar de la dilatación territorial de su imperio, su concepción es también localista. El proceso de conquistas que Roma llevó a cabo significó siempre, invariablemente, o incorporación a la urbe o supeditación a la misma, pero nunca construcción de una unidad superior. A diferencia de la idea griega de que la política está vinculada a la *polis* como comunidad, la *civitas* es un grupo cuya cohesión se basa en el consenso de la ley. El latín distingue claramente *civitas* de urbe (*urbs*). La urbe es lo que llamamos ciudad, las calles, las plazas y todos los edificios y demás construcciones que la forman. Los mismos romanos explican que *urbs* viene de *orbis* por la forma más o menos redonda de las murallas. *Civitas* es un nombre que hemos perdido; lo más parecido es ciudadanía. Con la palabra *civitas* designaban los romanos al conjunto de ciudadanos que constituían la ciudad. La *civitas*, la ciudad, eran los ciudadanos. Desde la Roma antigua se repite un verso de Horacio que afirmaba "Dulce y honorable es morir por la Patria" (*Dulce et decorum est pro patria mori*; Carmina 3, 2, 13).

¿Hasta dónde habrá que ensanchar los límites de la patria para no caer en el estrecho localismo? También en la antigüedad aparece el fenómeno del cosmopolitismo, principalmente con la filosofía estoica. Cuando alguien le preguntaba de dónde venía, el estoico decía: "Soy ciudadano del mundo". La invitación a hacerse ciudadano del mundo es una provocación a tomar distancia de nuestras formas de vida, considerándolas desde el punto de vista del extranjero o forastero. Solamente este crucial distanciamiento nos hace filósofos, decían los estoicos, pues comprenderemos que la única comunidad verdadera es una que abarca al mundo entero. La educación debería hacernos conscientes de que cada uno es miembro de dos comunidades: una que es verdaderamente grande y común en la que no tomamos en cuenta un sector u otro, sino que medimos los límites de nuestra nación por medio del sol; la otra comunidad es la que nos ha sido asignada por nacimiento.

2) El libro de Rut y la fidelidad a un pueblo

Se cuenta del patriota americano Benjamin Franklin, que fue invitado por una sociedad atea a escribir una pequeña novela para un concurso literario. Franklin aceptó la invitación, pero presentó como obra suya el libro de Rut. Cuando ganó el primer premio lo rechazó y explicó a todos por qué. Los reprochó diciendo que si hubieran leído la Biblia en alguna ocasión, hubieran reconocido que su hermosa novelita era una parte de ella.

La historia de Rut, la moabita, comienza con una hambruna que empuja a Noemí a dejar Belén, junto con su marido y sus hijos, para emigrar al país de Moab; allí muere su esposo Elimélek, y allí sus dos hijos, tras casarse con sendas moabitas, mueren también (Rut 1,1-5). Una vez que pasa el hambre, Noemí inicia su retorno a Belén, acompañada por su dos nueras viudas, Orfá y Rut. La segunda cuidará de ella espigando entre los segadores. Se pone así de manifiesto el profundo vínculo entre la tierra y el pan. El tema del pan aparecerá después en todo el Evangelio y apunta a la Eucaristía y a una adecuada jerarquía de bienes ("no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios"; Mt 4, 4). El libro pone el acento en el amor de una pagana hacia Israel, amor personificado por una viuda (Rut) y su suegra (Noemí). La alianza entre estas dos mujeres será fecunda para la historia de Israel, pues Obed, el hijo de Rut, será padre de Jesé y abuelo del gran rey David (Rut 4,22).

La tierra en el Antiguo Testamento está unida a la promesa de Dios. La voz de Yahvé llama a Abraham y le ordena “¡Sal de tu tierra y de tu patria y de la casa de tu padre, a la tierra que yo te mostraré!” (Gn 12,1), para prometerle una tierra que mana leche y miel, un tierra fecunda, que llega a designarse como “la tierra prometida”. Israel no es elegido para vivir en sí, sino para vivir en Dios. Saca de Egipto al pueblo, y le promete la tierra. Moisés muere sin entrar en la Tierra Prometida, la tierra de Canaán. Josué le releva en el gobierno del pueblo, al que encamina hasta Siquén a través de Canaán. Las tribus se instalarán por toda la tierra, desde Judea hasta las fuentes del Jordán. Posteriormente tras el destierro a Babilonia, la experiencia del éxodo se renueva y da la impresión que Israel habita siempre en tierra extranjera. Por una parte se encuentra la idea de que Dios es el único propietario y dueño de la tierra y el pueblo posee el suelo en arrendamiento. Por otro lado, Dios promete una tierra y cumple su promesa conduciendo a ella al pueblo.



San Pablo, judío por los cuatro costados, celoso de las tradiciones de sus antepasados (Gal 1,14), fariseo e hijo de fariseo, al convertirse se transforma en Apóstol de los gentiles, con una misión que alcanza a todos los pueblos.

3) Algunas notas sobre el patriotismo moderno

La base territorial de la patria debe trascender los límites de la comarca o región, pero sin llegar a la extensión excesiva de un continente o de la tierra entera, El término medio entre esos dos extremos es lo que llamamos nación. No es extraño que la modalidad peculiar del patriotismo moderno se haya producido en la historia simultáneamente a la formación de las nacionalidades. La unificación nacional fue la que hizo de España, Francia, Italia o Alemania, una patria. En este sentido podría decirse que nuestra patria data de los Reyes Católicos. La idea de Estado Nación se afianzó en Europa especialmente con el tratado de Westfalia (1648), que es considerado el origen del concepto de soberanía nacional.

El Magisterio de la Iglesia se ha esforzado en distinguir entre Estado y nación. El primero tiene un sentido primariamente político y por ello está sujeto a los cambios de intereses y corrientes de opinión; el segundo es más estable, en la medida en que se vincula a una realidad cultural que se comprende como mediación para el desarrollo de la persona. San Juan Pablo II dijo que “la nación es la gran comunidad de los hombres que están unidos por diversos vínculos, pero sobre todo, precisamente por la cultura”. Con ello se pone de manifiesto la vinculación entre las personas y la nación en clave de comunión de personas. Con esta definición, el término nación se ha de comprender analógicamente dependiendo de la amplitud significativa de lo que se denomina cultura. Algunos autores piensan que toda nación debe aspirar a formar un Estado.

En la época moderna surgen en Europa los nacionalismos. Están estrechamente vinculados al romanticismo. El nombre proviene de *romand* -romance- por una nueva

valorización en esta época de la Edad Media (p.ej. el arte gótico) como recuperación del espíritu de la historia como un impulso vital (*élan vital*) no directamente razonable y que mueve en verdad a los hombres y la historia. El amor romántico surge como movimiento cultural a finales del s. XVIII en relación con el movimiento literario “Tormenta e ímpetu” (*Sturm und Drang*) de Alemania centrado en Goethe, y en el ámbito francés con Rousseau con una fuerte carga de revolución sexual, que tuvo su campo de pruebas en la revolución francesa.

En correlación a este movimiento romántico se produce la exaltación del “espíritu nacional” y el surgir de los renacimientos nacionalistas en Grecia, Balcanes, Cataluña... etc. Se va a dar gran importancia a lo folklórico (del alemán *Volk*: “pueblo”) como portador de significados no racionales. De este modo se vinculó a los procesos revolucionarios con un sentido de exaltación del sentimiento sobre toda norma y poder. Igualmente tiene una gran importancia en la interpretación del denominado “sentimiento religioso” propio del movimiento protestante liberal. Por eso ha penetrado profundamente en el modo de interpretar la experiencia religiosa.

En esta época nació el chovinismo, unido a la creencia del Romanticismo en la existencia de un hipotético carácter, idiosincrasia, personalidad o temperamento nacional distinto para cada pueblo, etnia, raza, región o nación y que tendría vida propia e independiente; un *Volksgeist* o espíritu del pueblo específico, que sus miembros deberían canalizar y servir. El nombre de chovinismo o chauvinismo es una adaptación del apellido del patriota francés Nicolas Chauvin, un patriota francés condecorado en las guerras napoleónicas. Posteriormente, en la comedia *La cocarde tricolore* (*La Escarapela Tricolor*, 1831) de los hermanos Cogniard, se le identifica con uno de sus actores de nombre Chauvin, que personifica un patriotismo exagerado. Al chovinismo se lo conoce también coloquialmente como patriotismo. Se trata de una exageración de la creencia narcisista, próxima a la paranoia y la mitomanía, de que lo propio del país o región al que uno pertenece es lo mejor en cualquier aspecto. La filósofa judía Annah Arendt, que se interesó por los orígenes de los totalitarismos, afirmaba en un artículo publicado en 1945, año del final de la segunda guerra mundial: “El chovinismo es un producto casi natural del concepto de Nación en la medida en que proviene directamente de la vieja idea de la “misión nacional” [...] La misión nacional podría ser interpretada con precisión como la traída de luz a otros pueblos menos afortunados que, por cualquier razón, milagrosamente han sido abandonados por la historia sin una misión nacional. Mientras este concepto de chovinismo no se desarrolló en la ideología y permaneció en el reino bastante vago del orgullo nacional o incluso nacionalista, con frecuencia causó un alto sentido de responsabilidad por el bienestar de los pueblos atrasados”.



Como es bien conocido, es en esta época, cuando surgen los Estados Unidos de América a partir de la colonización británica de Norteamérica, protagonizada por inmigrantes británicos que fundaron por oleadas, entre los siglos XVII y XVIII, trece colonias en la costa atlántica del subcontinente norteamericano. Nacen como nación con un fuerte sentido patriótico. Es famosa la imagen del Tío Sam de J. M. Flagg reclutando soldados para la Primera Guerra Mundial y Segunda Guerra Mundial. En el cartel se lee: “Te quiero a ti para el Ejército de los Estados Unidos. Puesto de reclutamiento más cercano”.

No deja de ser significativo que a raíz de los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, fuera aprobada una ley (24 de octubre de 2001), llamada *La Ley Patriota de los Estados Unidos* (“*Usa Patriot*”). Se trata de un acrónimo de “**U**niting and **S**trengthening **A**merica by **P**roviding **A**ppropriate **T**ools **R**equired to **I**ntercept and **O**bstruct **T**errorism” (Unir y Fortalecer América al Proporcionar las Herramientas necesarias para Interceptar y Obstruir el Terrorismo).

4) El patriotismo y el amor a la patria

El patriotismo sufre hoy un cierto eclipse que se refleja en lo que podríamos denominar “patriotismo de baja intensidad”. Se manifiesta en la relación con los símbolos de la nación y lo que representan (la bandera, el himno, etc...). Ser patriota en España parece una antigualla, casi identificado con alguien decadente, etiquetado políticamente de “derechas”, al igualar patriotismo histórico con el franquismo. El patriotismo débil conecta con un concepto forjado en ámbito alemán por el sociólogo Sternberger y el filósofo Habermas denominado “patriotismo constitucional”. El nombre se funda en el respeto a las constituciones democráticas dejando de lado los orígenes o la historia comunes. En el ámbito alemán es además un modo de dejar atrás el sentido de culpa por el genocidio nazi.

El amor a la patria tropieza hoy, además, con la dificultad de concebir el amor de modo emotivo. La interpretación emotiva del amor provoca una concepción reductiva del mismo. Se trata de que su único criterio de verdad es la intensidad con que se experimenta la emoción. Tal criteriología lo hace sumamente frágil, voluble e inestable. La raíz cultural de esta consideración emotiva del amor se encuentra en el movimiento romántico. El romanticismo supone una auténtica explosión de la emoción y el sentimiento. Nace vinculado a una cierta mística de superación de cualquier norma, más allá de cualquier argumentación racional. La dificultad de construir la vida común, de afrontar el futuro, conducen con frecuencia a la desesperación romántica, que vincula peligrosamente amor y muerte (*eros-thanatos*). El culto a la emoción promueve un tipo de amor que se ha denominado “amor líquido”. Esta liquidez torna a las personas incapaces de generar una historia, una vida grande y hermosa, un relato del amor que madura en el tiempo. De este modo, en la parábola moderna, si la racionalidad tiende a asimilarse al modelo científico-técnico, la afectividad se reduce a emotividad.

Desde esta concepción emotiva, el patriotismo es muy fácilmente manipulable desde las diferentes concepciones políticas o ideológicas, por lo que deja de ser una virtud para convertirse en una ideología. El patriotismo como virtud se cultiva, en primer lugar, en la familia. Existe una relación de analogía entre la familia y la patria, dado que ésta es en cierto modo una extensión y complemento de aquélla. No es bueno que la familia viva aislada, pues no es una isla. En efecto, la familia no se basta a sí misma, ya que se inserta en una sociedad más amplia, que asegure al individuo las condiciones indispensables para su desarrollo intelectual, moral, social y económico... En este sentido se puede hablar de una especie de “paternidad de la patria”.

En las sociedades contemporáneas occidentales las relaciones se perciben desde la óptica del conflicto. El resultado de que las relaciones no son posibles es el conflicto como destino. Podemos comprender por qué la figura del pacto y del contrato se alza como la que funda la sociedad moderna. La estrategia de la inmunización de las relaciones personales se refleja a menudo en la lógica del Estado y el mercado.

La virtud del patriotismo es una virtud humana. Su medida se encuentra dinámicamente en el justo medio entre dos extremos opuestos. En nuestro caso, la



indiferencia ante lo que se refiere a la patria y el nacionalismo exacerbado. La indiferencia -afectiva o de hecho- ante lo que se refiere a la patria, se traduce en la práctica tanto en un desinterés por el bien común con una búsqueda egoísta y exclusiva del bien propio, como en un cosmopolitismo apátrida, fruto en ocasiones de ideales utópicos. El nacionalismo, recortando el horizonte, coloca a la nación como término último de sus ideales y norma suprema de conducta. El nacionalista busca por encima de todo la grandeza de su nación o, mejor, que su propia nación sea más grande que las demás; y fácilmente llega a la convicción de esa superioridad -con el cortejo de errores prácticos que de ahí se pueden seguir-, pues todo hombre tiende a creer como cierto aquello que desea con vehemencia

El recto amor a una nación se funda en la obligación moral de una respuesta debida a unos bienes recibidos. Se ha de entender de una forma semejante a la relación con los padres, de donde procede el término patria, y a la honra que se les debe en la virtud de la piedad. En la caracterización del bien recibido entra, por consiguiente, la cultura como una cierta totalidad significativa concreta que hace al hombre capaz de abrirse a lo universal. La condición humana se sitúa en una tensión vital entre los polos de la universalidad y la particularidad. El debido agradecimiento de ese don recibido será, como es natural, el desarrollo cultural del mismo y no su simple recepción. Es la misma dirección que se establece en una cultura respecto a la búsqueda de lo universal. Es decir, cualquier absolutización de la propia nación como fin es negativa y el cristianismo lo rechaza, pues el plan de Dios no se puede identificar con ninguna cultura, sino que se expresa en su diversidad y en la purificación de las mismas.

El patriotismo es una virtud necesaria para evitar el individualismo de algunas concepciones actuales. Como tal virtud indica que el hombre debe saber vivir para un bien común social mayor que cualquier bien privado. Esto se aprende de manera primaria en la familia. La dicotomía entre virtudes privadas y virtudes públicas hace un gran daño a la familia. De hecho, las críticas a esta virtud social del patriotismo han venido de consideraciones liberales radicales para las cuales el bien común no tiene más sentido que la acumulación de los bienes particulares.

El término patria tiene la ventaja de referirse directamente a una realidad no directamente política, sujeta a un juego de intereses, sino a determinados valores anteriores a este nivel. También asume, como en el caso del término nación, la existencia de una herencia, referida a una historia de la que uno forma parte y que uno debe saber aceptar para realizar su propia identidad. Es esa historia la que vincula necesariamente a la persona a una consideración no privada en la que se ha de implicar hasta con su propia vida. Por eso mismo, ser apátrida se considera un mal moral, mientras “no ser nacionalista”, no implica falta de virtud; por el contrario, en algunos casos significa no identificarse con una supuesta unidad política que permite diversas interpretaciones. Se entiende así que los términos patria y nación tienen ámbitos significativos diferentes.

Es cierto también que el término patria se dirige más a la defensa de algo recibido que a la promoción de un bien común. Tal vez, en una consideración etimológica clásica, habría que hablar de civismo para referirse a este aspecto tan fundamental que en cambio podría estar preterido en la “virtud del patriotismo”. Se referiría a la *civitas (polis)* como el ámbito genérico referido al bien común. Sin embargo esta referencia general al “civismo” en el sentido de una cierta corrección en las formas externas de convivencia no recoge toda la importancia que ha de tener esa dedicación hacia el bien común social del patriotismo, que es más que la sola justicia social.



5) Conclusión

Junto a la honra a los padres, la afección a nuestro origen incluye el cultivo de la virtud del patriotismo. Hemos visto cómo a lo largo de la historia se ha vivido bajo diferentes modalidades. Se trata de una virtud que tiene como sujeto a la patria entendida como la tierra natal o adoptiva a la que una persona se siente ligado por vínculos de diversa índole, como históricos, afectivos o culturales. Tanto la indiferencia o el cosmopolitismo apátrida como el nacionalismo o el chovinismo son, por defecto y por exceso respectivamente, deformaciones de esta recia virtud. Como tal precisa de educación y su sujeto es la familia. De este modo, ser buen hijo y buen hermano ha de ir acompañado por ser patriota.

6) Concretando

1. Comenta cómo se vive el patriotismo en la antigüedad grecoromana
2. ¿Qué novedad aporta el cristianismo a la virtud del patriotismo?
3. ¿Cómo distinguir entre patriotismo y nacionalismo?
4. Comenta de dónde eres y los orígenes de tu familia, y cómo ello ha influido en ti.
5. ¿Qué prácticas familiares pueden promover ser patriota?

7) Compromiso

Explicar a nuestros hijos o nietos algún hecho histórico relevante o alguna tradición característica de nuestra patria.

8) Y ¿cómo puedo ampliar?

- MACINTYRE, *Is patriotism a virtue?*, The Linley Lecture, The University of Kansas 1984.
- M. GARCÍA MORENTE, “La patria. La educación del patriotismo”, en Id., *Obras completas II (1937-1942) Vol. 2*, Anthropos, Barcelona 1996, 293-301.
- M.C. NUSSBAUM (ed.), *For Love of Country. Debating the Limits of Patriotism*, Beacon Press, Boston, Massachusetts 1996.